

como un presagio de desventura la privación de su bendición paternal.

No se emprendía negocio de importancia sin que lo consagrara previamente un acto religioso. Una compra de consideración, un cambio favorable de fortuna, una colocación de capitales, eran indefectiblemente precedidos de una limosna, de una misa, ó de una romería.

Asimismo, después de recibir una gracia, de evitar una desdicha ó de verse favorecidos de un inesperado y próspero acontecimiento, hacían rezar una misa y dejaban que ardiera por espacio de veinticuatro horas un cirio ante el altar de la Virgen.

¿No era justo que Dios fuese á medias en todo?

Tan luego amagaba un peligro, ó se temía una enfermedad ó un caso desgraciado, clamaban todos á la Santísima Virgen y á los santos.

—¡Padre mío! ¡Madre mía! decía á una la familia elevando al cielo sus ojos.

II

El sacerdote no era un extraño para la familia.

Invitábanle con frecuencia á tomar parte en las festividades, y sin llamarle acudía siempre que el dolor invadía el hogar.

El sacerdote era el amigo, el consejero, el confidente, el protector de todos.

Nadie salía de su casa por algunos meses sin que fuese á solicitar su bendición, ni nadie regresaba á ella que para él no reservase su primera visita.

Escuchábanse sus palabras como las de Dios: él era quien intervenía para reconciliar á las familias y para obtener el perdón del hijo culpado. Su presencia llenaba de animación el hogar, y junto á él el corazón se difundía suavemente.

¿Y cómo no si con él entraba la dicha? ¡Oh! si la gente supiese lo que ha perdido al alejar de la familia al sacerdote!

III

No había familia, pobre que fuese, ó rica, que no tuviese su oratorio, que algunas veces consistía en una oquedad en el dormitorio cuando la vivienda era reducida. Allí se veían los signos del cristiano: el Crucifijo, la imagen de la Virgen Santísima y de los santos Patronos, el Niño Jesús modelado en cera, el relicario, la pila del agua bendita, los recuerdos de la primera comunión, muchos con frecuencia porque los conservaban todos, el ramo, y el cirio bendecidos.

Allí, ante aquel altarcito doméstico, era donde todas las noches rezaba en común sus oraciones la familia; allí, todos los domingos y días de fiesta se leía una página del Evangelio ó de la vida de algún santo. El Evangelio, el catecismo, las vidas de los santos se encontraban en todas partes piadosamente conservados, sobre todo cuando la familia los poseía de larga fecha.

Cuando los niños tenían que confesarse, allí era donde se preparaban bajo la vigilancia de la madre, antes de ir á la iglesia; allí, donde en ocasiones la madre conducía á su pequeñuelo para enseñarle á orar y explicarle con ayuda de imágenes piadosas los misterios de la fé; allí, donde bajo la mirada de los protectores de la familia se despedían el doncel ó la doncella cuando debían abandonar la casa paterna.

Nosotros hemos conocido á una familia que todas las noches, después de haber orado el ama de la casa en compañía de sus hijos y sus criados, rezaban un Padre

Nuestro y uná Salve para perdonarse mutuamente los disgustos que podían haberse causado, y antes de separarse, después de haber dado las órdenes para el día siguiente, aquella profería algunas palabras de afecto, de simpatía y de esperanza, que fortalecían y serenaban los corazones que acaso durante el día se habían visto ofendidos ó tal vez sentido germinar los celos.

No es de admirar por qué aquella familia fuese modelo de amor y de abnegación.

IV

La lista de los gastos estaba indefectiblemente encabezada con la parte destinada á los pobres; y no era un favor lo que creían hacer, sino cumplir con una deuda contraída para con Jesucristo.

Aquella parte era sagrada, hecha anticipadamente cada vez que se cobraba una cantidad en metálico, era puesta por separado, y nadie hubiera osado tocarla: era la venta debida á Dios.

Era espléndida. Familia había que reemplazaba con un niño pobre á quien vestían y al cual pagaban el aprendizaje, al niño que Dios les había quitado.

No faltaba quien proporcionaba diariamente el alimento á un enfermo para tener en él un intercesor perpetuo. Si el doliente se olvidaba de elevar sus preces al Señor, hacíanlo por él sus llagas.

Muerto el enfermo, el donante solicitaba del párroco que le designase otro.

Nunca pobre alguno, sobre todo en las aldeas, era despedido sin darle cuando menos un mendrugo, y quien se lo ponía en la mano era el niño de menos edad, que se lo traía respetuosamente.

Entonces, empero, el pobre pedía por amor de Dios, y se arrodillaba sobre las frías losas para recitar un «De profundis» por los difuntos de la familia, y en acción de gracias profería estas palabras tan cristianas y tan alentadoras: «Dios os lo pague.»

¡Cuántas veces hemos visto á madres impetrar para sus hijos la bendición de un mendigo anciano, que lleno de emoción ponía las temblorosas manos en aquella frente infantil y balbuceaba una oración.

VERSOS.

Las ruinas solamente quedaban del santuario, y en medio de las ruinas la Virgen y un altar.

M. Acuña.

Ya mi causada vida no tiene el sentimiento que hace tan poco tiempo con gusto contempló; pues siento el alma herida de horrible sufrimiento desde esa cruel sentencia tu labio pronunció.

Ya siento que mis fuerzas se van desfalleciendo, ya el dardo del martirio en mi alma penetró; todas mis esperanzas se van desvaneciendo y el llanto y la tristura de canas me cubrió.

En el jardín de mi alma se creaban bellas flores; pero una de entre todas ¡qué hermosa apareció! Y luego contemplando su gracia y sus colores el alma con el cuerpo todo se estremeció.

Pero ¡ay! soñaba entonces

con un eden florido, creía que fuera eterna la dicha del placer, y el alma contemplando el ángel bendecido, un mundo de ilusiones creía más tarde ver.

Pero hoy abandonado cual triste peregrino, camino silencioso, sufriendo mi dolor y solo, siempre solo prosigo mi camino pisando los zarzales que me brindó tu amor.

Las aves que cantaban en árbol tan florido, do hermoso pajarillo su nido allí formó. Después con el invierno ya en ruinas convertido, el ave huyó del nido y el árbol se secó.

Francisco Padilla.

(o)

LOS HAMBRIENTOS.

(Cuento Militar).

UNA noche se encontraron dos regimientos en una llanura, después del combate de Réchenac.

El que acampó primero se engalanaba con el nombre de «Picardía». Los hombres pusieron en el suelo sus armas, se sentaron y vióse que no se hablaban.

Una gran desgracia los agobiaba: no tenían ya balas ni pólvora, no tenían ya pan.

El campo se hallaba desierto, el odio lo había atravesado. Las caras estaban llorosas. No se veían sino corrales vacíos, granjas incendiadas. Acurrucado en la tierra, de miedo, el amarillo trigo no osaba salir.

No había pan ni pólvora ni balas, sólo había piés ensangrentados para caminar. Los soldados escuchaban, á unas cien tocasas, los cantos de otros, de los «Voluntarios de Goeffier», regimiento de reclutas que se enviaba detrás de ellos para enseñarle un poco á marchar; á mantener rectas sus filas, á sufrir. Eran pajarillos que piaban, lanzándose hácia las bombas como si fuesen migajas. Salían de los brazos de sus madres vestidos de nuevo, muy niños, con la vista viva, sin saber nada de las batallas. Todos comían y bebían. El viento llevaba de un campamento al otro, con las risotadas de su alegría, olores de ajo, perfume de legumbres, de vino claro y buenas carnes, y acostados en la llanura, con la cabeza y las garras extendidas para allá como hácia á una mesa, los perrazos del «Picardía» husmeaban aquel festín. Oíaseles gruñir y jadear.

—Deberían ir á traernos comida— murmuraban algunos.

Un sargento alzó los hombros, bajó la cabeza pensativo, y dijo:

—¡Bah! Son muchachos, que coman.

—Dejadlos tranquilos, camarada, que no se diga que al viejo «Picardía» le dieron de comer unos reclutas. Los víveres llegarán pronto.

—¿Cuándo vendrán? —oíase decir.

—Para el día de San Juan— dijo el tambor La Bommelle.

El sargento soltó la carcajada, lo que hizo reír á la escuadra. Las compañías, unas después de otras, se echaron á reír. Todo se olvidó. Empezaron á oírse cánticos á media voz como cánticos de grillos y el fuego de las pipas comenzó á brillar en: